

HISTORIAS QUE HE VIVIDO Y PRESENCIADO

Por Mari Luz Tejerina Canal

Hoy, 30 de abril del 2007. Después de un aleccionador sueño cuando me volví a dormir a las seis de la mañana -y que me hizo pensar desde que me levanté a las siete y cuarto- comienzo a cumplimentar un deseo que me han formulado mis queridos compañeros de El Escubiello, aunque se lo había rechazado: De sabios es rectificar. Una vez más pienso: “querer es poder”... y me lanzo a la aventura. Veremos si me da el tiempo siquiera para más de un comienzo.

Capítulo I -1933-

Tío Ulpiano y los Ulpianines

Mis recuerdos se remontan nítidamente al año 1933. Aún me parece ver, detrás del mostrador, en el comercio, a tío Ulpiano García, persona muy querida en Las Salas, padre de doña Ángeles (maestra nacional), don Augusto (sacerdote diocesano), Benedicto y Fe (la abuela de Mari Fe). Recuerdo el gran sentimiento de todo el pueblo por su muerte y de haber subido a verle con mi madre al piso de arriba de su casa.

En ese 1933, nació un hermano mío, a quien impusieron su nombre, y también, a otro niño que tuvieron Pepe y Ángeles. Fue en honor al llorado difunto. Los llamábamos: Ulpianín.

Mi hermano era el encanto de mi madre, de Eulogio y el mío. Le besábamos una, y otra, y muchas veces sin cansarnos, por todo su cuerpecito, suave como el armiño. Daba gusto besarlo.

Ya lo había subido mi madre a la cuna de la salona, cuando un día de primeros de noviembre (según vi en un libro y tantas oí) la pobre Domnina se dijo:

---¡Ese niño tarda mucho en despertar!

Y subió apresuradamente la escalera, llegó a la cuna, y... se encontró a Ulpianín boca abajo y... ¡muerto! A sus dos meses el pequeñín se ahogó.

¡Cuántas veces, desde entonces, vi a mi madre, cada vez que alguno de los siete hijos nacidos después tardaba en despertar, subir desalada los escalones llegando sin aliento a la cuna de su niño!

Dirigidos por tío Romualdo en su carpintería, mi padre, tío Gerardo y algún otro, le hicieron una caja de madera, que farraron con blanca tela. Dentro de ella, pusieron al niño en la mejor sala de casa: el comedor... Le trajeron tantas flores, que nunca yo, a mis tres años!, había visto cosa más bella.

El entierro no se me olvida: Por la tarde. Tocaban las dos campanas “a gloria”. La Cruz alzada y los dos faroles a los lados, iniciaban el cortejo. Seguían los chicos, mozos y hombres haciendo dos filas. No recuerdo el puesto de don Miguel. Las mozas, me parece, llevaban el blanco ataúd a hombros. Mi madre iba inmediatamente detrás, y me llevaba de la mano... Sus lágrimas caían hasta el suelo y regaron la carretera desde la

salida de la iglesia hasta la subida al Cementerio Viejo, donde le pusieron en la tierra desnuda, en el ángulo de la izquierda, de frente con la puerta.

2

---¡Ya tenéis un angelito en el cielo!..... Les decían a Santiago y a Domnina consolándolos..... Pienso ahora, que uno de los dolores mayores que he contemplado, es el los padres que pierden a su hijo pequeñito.

Muchas veces oí por entonces, que tía Emeteria y tío Mino (Maximino Villarroel, los padres de Jorge y Mele) no hallaban consuelo cuando a su única hija –de mi edad- se la mató el coche de línea. La niña, a sus dos añitos se les fue a la carretera. A la pobre tía Emeteria no se le secaron las lágrimas hasta que le nació Jorge.

Capítulo II

-1934-

Tía Ángela

A mis cuatro años, la persona más importante que habitaba en mi casa, me parecía, sin duda, tía Ángela: Fue la hija mayor de los seculares abuelos Eugenio Tejerina Diez y Benita Escanciano Tejerina, que actualmente tienen la descendencia más numerosa de Las Salas... Pasamos de doscientos y ¡hasta en Australia viven algunos! Por ello *no diré: mi tía Ángela, mis abuelos; ¡lo son de tantos de vosotros!*

Veía que tía Ángela era muy querida y respetada: mi padre le dejaba a ella su sitio. El asiento del jefe de la familia en todas las casas de la Montaña de Riaño era la esquina del escaño que limita con la trébede. Así, apoyaba su brazo en la deliciosa trébede, tan calentita en invierno y fresquita en el verano, donde nos sentábamos los más pequeños, y dominaba la cocina entera. La cocina era el lugar de la convivencia universal en los hogares.

Mi madre cuidaba a tía Ángela con gran cariño y hasta veneración, porque tía Ángela estaba muy enferma... y era muy buena: Presidenta de las “Hijas de María”, ofrecía luminoso ejemplo de religiosidad y fe vividas, honradez, graciosa presencia simpática y atrayente, trato cariñoso, sincero y chispeante. Todo el pueblo la estimaba.

Cuando volvía de misa cada día, Eulogio –de dos años- y yo gozábamos de sus primeras atenciones. Me subía rápidamente a la trébede, a Eulogio lo aupaban, y esperábamos que tía se sentara en la cabecera del escaño a desayunar. Domnina le tenía preparado un riquísimo chocolate –propio, para los demás, sólo de las grandes fiestas-, tostadas de pan con mantequilla y un vaso de leche. Se lo ponía con esmero, tía Ángela lo agradecía, alargaba la mano, cogía la primera tostada ... y, a la boca del niño. La segunda, para la niña... Los dos nos relamíamos de gusto. Y así, hasta el fin del desayuno. Delicioso para nosotros el primer encuentro matinal.

Un día, en medio del idilio entre los tres, preguntó tía Ángela:

---¿Vosotros queréis que yo me muera?

No contestábamos ninguno de los dos. Ella insistió:

---A ver, mi niño, ¿tú quieres que yo me muera pronto?

--- No, “no quero que ce mera”.

--- Y tú, mi niña, quieres que me muera yo pronto?

--- Sí, sí quiero que se muera pronto, porque así irá al cielo.

Con tal espontaneidad y convicción lo dije, que tía Ángela se comenzó a reír de la mejor gana y, al llegar mi madre, se lo comentó con gozo. Ella no estuvo muy de acuerdo.

Pero había días demasiado fuertes para la enferma: le dolía terriblemente la cabeza y se quejaba:

--- ¡Ay! ¡Qué galilla tiene esta criatura! ¡Me traspasa los sentidos!

Todos a mandarme callar. Lo hacía...Y, al poco, nuevas imposiciones... Respiraba a mis anchas cuando, por fin, tía decidía irse a casa de tía María, que vivía muy lejos: “allá lante” (desde la iglesia a casa del señor Cura). Allí, tía Ángela no me oía. Podía gritar a sabor.

Un día, estaba la querida señora acostada sobre la trébede, y yo me senté en el suelo junto a la lumbrera en el lugar que solía ocupar mi madre con su taburete, frente a la cabecera del escaño, al otro lado de la hornilla. En esto, ella se quiso levantar, y bajó de la trébede el pié derecho, dándome con él en la cabeza, pues con mi pequeño tamaño, no había podido verme. Al tropezar conmigo, dijo enojada:

--- ¡Esta niña! ¡Siempre estás estorbando por todos los sitios! ¡Quítate de ahí, zarriosa!

Como si fuera ahora, recuerdo la indignación que me entró, mucho mayor que mi persona. Sin mover nada más que la cabeza para echarle una mirada fulminante, dije con todo mi aplomo:

--- ¡¡¡La madre que te parió!!!

4

Fueron tales las sonoras carcajadas de tía Ángela, que las oían las vecinas, y vinieron muy intrigadas:

--- Pero, Ángela, ¿por qué te ríes de esa manera? –Le decía tía Dominica, la primera en llegar, pues vivía entonces al otro lado de la presa-

--- ¡Jesús, niña! ¡Nunca te había visto reír con tantas ganas!, y eso, ¡que lo sabes hacer bien! Se puede saber ¿qué ha sucedido? –Añadió tía Rosario-

--- ¡Increíble me parece! ¿Dónde pudo oír esta criatura semejante expresión? Aquí en casa, desde luego, no. –Y continuaba sin dejar de reír ni poder repetírsela-

--- ¡Exagerada! ¡No será para tanto lo que pudo decirte una niña tan pequeña!

--- ¡Vamos! ¡Dínoslo ya de una vez! –Rogaron una tras otra-

Se lo contó entre risas. Las tres se solazaron divertidas... Y tuvo tía Ángela tema para hacer reír también a los demás. Cosa que procuraba, en vez de relatar sus penas.

Y ya no recuerdo de ella más que el entierro:

Fue por la mañana... Vinieron muchos a casa, y a mi madre no le dio tiempo a arreglarnos. Estábamos a medio vestir, y había llegado la hora señalada para los funerales. Nos llevó -a Dacio (de seis años), a Eulogio y a mí- para el jardincito que daba a la era, cerró bien la portillera, y ordenó tajante:

--- Vosotros tres os quedáis jugando, sin salir de aquí hasta que yo venga a abriros la puerta. No podéis venir a misa según estáis.

Nos pusimos a jugar. No hacía frío; así que serían los comienzos del otoño.

Algo vino a sacarnos de nuestros juegos: Se oían cantos cada vez más cercanos... Nos salimos del jardín por la portezuela que daba a las eras, y fuimos con mucha curiosidad a ver qué pasaba, subiéndonos a las llantas que cerraban la entrada de la era de tío Feliciano, donde pusieron ahora los Vargas la puerta de su finca. Estupendo lugar para observarlo, y aún mejor para que nos vieran... Lo que la pobre Domnina había querido evitar.

Estaba el ataúd delante de la puerta de casa, y la familia, toda enlutada, de espaldas a nosotros, esperando a la procesión que bajaba ya por la cuesta, precedida de la Cruz alzada flanqueada por los dos faroles. El señor Cura, con capa pluvial, y otros dos sacerdotes, con dalmáticas moradas. Rezaron, levantaron la caja cargándola en hombros, y se fueron hacia la iglesia llevándose a tía Ángela. Tía María, mi madre y otras mujeres iban llorando... y nosotros también lo hicimos... volviendo al jardincillo... Mi madre no nos vio... Sí debió de

vernos, ya desde el cielo, aquella santa mujer de Las Salas. Lo digo, porque después me contaron de ella cosas muy buenas. Os he detallado sencillamente mis vivencias.

Reus, 20 de mayo del 2007. Día de la Ascensión del Señor.
Hoy hace 70 años que hicimos la Primera Comunión en Las Salas:
Melchor Álvarez, Eutimio Fernández, María Luz Tejerina, Dolores Carril y Sara Sánchez. Lo celebro, y felicito a mis compañeros.



CAPÍTULO III

1935 a 1940-

1.- La vida en Las Salas

Considero una bendición el haber vivido la década entera de los años 30 del pasado siglo XX en Las Salas.

Aquella vida era entonces apacible, deliciosa para los niños que allí tuvimos la suerte de pasar esa época, tan borrascosa en otros lugares.

La agricultura y la ganadería eran los dos medios principales de subsistencia con que se mantenían las treinta y dos a treinta y cuatro familias que habitábamos el pueblo. Sólo dos tenían comercio: el de Benedicto, “Allá-lante”, y el de tío Benito, “Allá-bajo”; donde, también tío Melchor, “Melchorón”, molía en un buen molino, y Alejandro, “Jandro el caminero”, vivía en la “Casilla”, (ahora derruida). Las tres casas, situadas en el comienzo del camino del Valle del Dueñas.

Había quien, además de ser labrador y ganadero, practicaba otro oficio. Así, Pascual, que vivía en la casa contigua a la de Hermelinda, era el herrero, y en su fragua -junto a la casa del señor cura- ponía las herraduras a las vacas, burros y caballos que le llevaban de todo el contorno. Tío Gerardo, experto cantero, sacaba la piedra de la cantera que hay al final de La Vegalión, y, labraba tan bien, que lo reclamaban hasta de tierras palentinas. Su hermano Santiago, era el cartero que recibía el correo de Las Salas y los cinco pueblos que confluían en él, por estar apartados de la carretera. Tío Quintilo González, bajaba todos los días en su flamante caballo, por el de Lois y repartía el de Salamón, Valbuena y Ciguera. Tío Romualdo trabajaba en su carpintería. Tío Antonio, el padre de Gracia y Nati, iba a las minas de carbón de Sabero. Y, para los chiquillos, la vuelta de tío Mino con su rebaño de merinas, resultaba de gran alegría, porque nos repartía con generosidad riquísimos piñones.

Las faenas de la agricultura eran alegres. Lástima que no pueda retransmitir, al escribir, aquellas voces varoniles que tan melodiosas me suenan por dentro con aquel canto tantas veces escuchado:

“Amanece el nuevo día,
ya pasan los labradores,

llena el alma de alegría
y el pecho lleno de amores.
Por el oriente el sol
radiando vida asoma,
abre el cáliz la flor y difunde su aroma.
Un surco tras otro surco
los arados van trazando
y el labrador incansable (bis)
alegre sigue cantando.
¡Oh! vida feliz la del labrador
que es vida de paz y es vida de amor,
que es vida de fe llena de candor.
¡Oh vida feliz la del labrador!

¡Ah, qué bucólicos encantos los de las faenas campestres! ¡Cuánto cantábamos!

12

A los niños nos gustaba enormemente ir a “a yerba”. Se comenzaba en junio.

Desde muy chiquitos nos llevaban en los carros, primer vehículo en el que sentíamos el placer de montarnos y hasta de arrear a las vacas, que tiraban de ellos, dándoles con la “ahijada”. La vuelta, sobre la gran altura de la yerba seca que los cargaba, era como una entrada triunfal en el pueblo, cantando a pleno pulmón.

Las mujeres, amas de casa, reinaban verdaderamente en su hogar. ¡Qué respeto y qué cariño nos suscitaban con la digna atención a sus familias! Ellas gobernaban dentro encargándose principalmente de los hijos, y sus maridos ostentaban el mando para las faenas de fuera. Recuerdo que cuando un niño era molestado, decía:

— ¡Que se lo digo a mi madre! ¡Ya te verás con ella!

Eso bastaba para que el ofensor se contuviera... Si acaso no, ¡claro que intervenían las mujeres poniendo paz!.

Y además de su casa, ellas cuidaban, sobre todo, los huertos.

Las faenas agrícolas del verano comenzaban al amanecer por causa del excesivo calor del mediodía. Pero durante el resto del año, quien despertaba al pueblo era “Nisio”, Dionisio Valbuena el marido de tía Manuela, el legendario y experimentado pastor del gran rebaño de ovejas formado con las de todos los vecinos. Bien temprano, tocaba el cuerno y en seguida las amas de casa llamaban al encargado de esa faena:

— Doro, vete a echar las cabras. Y después, echas las ovejas. ¡Anda listo, que se van ya! Si se nos quedan en la cuadra... ¡las cuidarás tú!

Formaban un rebaño de cabras, del que hubo varios pastores, y otro de ovejas que siempre cuidó Nisio, muy estimado. Fue el que se sentó a la mesa de todos los vecinos, como uno más en la familia, cada vez que les tocaba “la vecera”.

¿Qué eran “las veceras”?

Pues un sistema muy práctico, justo y barato de llevar a pacer las reses que poseían. Había rebaños, o manadas, de ovejas, cabras, vacas, jatos y corderos. Cada uno de ellos necesitaba uno o dos pastores que los condujeran a buenos pastos, cuidando de que ningún animal se extraviara, y de traerlos bien alimentados otra vez al pueblo.

El rebaño de las ovejas era el más numeroso y tenía siempre pastor fijo. Por muchos años, Nisio. Además del jornal correspondiente, debían darle alimentación a él y “al perro del pueblo”, que le ayudaba. ¡Qué preciosidad fue el famoso “Chato”! Entonces, por cada tantas ovejas (quizá fueran diez) correspondía al dueño mantener un día a

perro y pastor. Recuerdo que, como el Chato era enorme, le pesaban escrupulosamente el pan. Lo exigía Nisio para librarlo de tacañerías. “Las veceras” se avisaban. Así, la víspera al anochecer, venían a nuestra casa Enedina o Lidia:

— Tía Donina, que mañana “le tocan las ovejas”.

Y cumplidos los días correspondientes, mi madre se preocupaba de mandar a alguno de nosotros a “echar alante la vecera” –así se decía-:

— Dacio, vete a decirle a tío Eloy, que mañana “le tocan las ovejas.”

Las “veceras” llevaban riguroso turno y eran responsabilidad de los mayores. Pero el cuidar los preciosos corderos, que seстеaban en la Mata la Cortina, y los encantadores jatines por Venticueva, nos tocaba a los chicos desde los nueve o diez años cumplidos, en adelante. A muchos les gustaba más, que ir a la escuela.

CAPÍTULO IV

Fiestas en Las Salas

1.- Las Navidades

Aquellas Navidades de mi dichosa infancia, en nuestro idílico y montañoso pueblín de Las Salas, eran entrañables, con matices de ternura que regocijaban hasta lo profundo del alma. Entre la blancura inmaculada de las nieves y las alegres fogatas caldeando gozosos los hogares, se hilvanaban inocentes ilusiones en nuestras ávidas mentes, que estrenaban eso tan bello de soñar despiertos.

Los chicos desde, “el día del gocho” mismo, –fiesta familiar también, muy divertida y animada- comenzaban a prepararse para la Nochebuena, hinchando la vejiga del cerdo para secarla bien. El “españarla” (reventarla), era “el día de las migas o de deshacer el unto” uno de los números con que los mayores se solazaban a costa de los pequeños: Comenzando por los menores, teníamos que saltar encima de ella, y como el exiguo peso no lograba la explosión -parecía la de una bomba-, sin tener gran agilidad, la costalada venía segura, y, encima, coreada por sonoras carcajadas. Si tenías la picardía de separar los pies al caer sobre la dura vejiga, clamaban todos a una:

— ¡No valió! ¡No valió! Abrió las piernas.

Y... otra vez a saltar... Y nada de llorar por las caídas. Eso era de cobardes. Así nos forjaban. Casi siempre alcanzaban la victoria los chicos, que, algo brutos, saltaban con todas sus fuerzas, y a eso no nos aventurábamos las niñas, más modositas entonces.

¿Por qué era todo esto preparación para Navidad? Porque con ese cuero de las vejigas, unos botes y unas pajas, los chiquillos -ayudados por sus padres- hacían las zambombas, instrumentos musicales de los pastores. A los niños les encantaba tocarlas. Ellos eran los únicos músicos de la Misa del Gallo.

La gran cena de Nochebuena resaltaba como la más importante de todo el año. Cosa muy notable, porque se hacían bastantes cenas buenísimas. Era esperada con ilusión por grandes y chicos. La más entrañable reunión de “la familia grande”. Todos en Las Salas gozábamos (además de la habitual -padres, hijos, abuelos, algún tío-) de la de otro hogar o más. Por ejemplo: los de casa de tío Francisco se juntaban con los de tío Melchor, su yerno; los de tío Rogelio con los de su hermana tía Josefa; tío Feliciano, tía Emeteria y tía

Manuela la de Nisio se reunían por ser hermanos; los González –tía Efigenia, Benedicto y Pepe-, primos; etc, etc. Y así, todo el pueblo esa Noche Santa celebraba con grandísima alegría el hecho más asombroso ocurrido en la humanidad entera: Dios nació -hecho Niño- en Belén, porque vino a salvarnos del pecado y de la muerte eterna..... Esto nos lo explicaban de mil maneras y fue lo que aprendimos a festejar desde pequeños.

Recuerdo con nostalgia aquellas cenas que se alternaban en casa de mi tío Gerardo y la nuestra. Mis padres y mis tíos, que tanto se querían, nos comunicaban su ejemplar unión y la alegría se volvía desbordante... El momento más esperado era la aparición del turrón. Lo partía siempre con gran solemnidad tío Gerardo, por ser el mayor, y él mismo lo repartía equitativamente. Saboreábamos, como lo más exquisito del mundo, los turrones de jijona y de Alicante, únicos para esa precisa noche, pues no los volvíamos a ver en todo el año. Indudablemente la abundancia quita a las cosas la fascinación que nos causa lo que es único. Entonces la sentíamos pequeños y grandes, no penséis que fuera solo propia de los niños. Ni en los años de mayor escasez, faltaron los turrones en nuestras Nochebuenas. Un año fue “turrón casero”: lo hicieron en secreto nuestras madres, después de los anuncios de que no se conseguía... y fue más ponderado que nunca.

Surgían espontáneas las gracias que cada uno sabía para dar contento a los demás, y

18

pronto nos llegaban las 12 de la noche, hora de **la Misa del Gallo**, la más bella y emotiva, que vivíamos bien despiertos y motivados por las intervenciones inusitadas:

Al entrar en la iglesia, aparecía ante nuestros ojos **el Belén**, que, a mis cuatro o cinco años cuando lo vi por primera vez, me llenó de asombro: Estaba en medio de la iglesia, un poco más alejado del presbiterio que el arco de adelante, sobre una mesa grande colocada entre el púlpito y el altar de la Virgen del Rosario. Como las niñas nos sentábamos en la tarima que había delante de ese altar, lo contemplábamos de cerca muy a sabor.

Lo ponían con esmero las mozas. Destacaba **el portal**, grande, con techo de paja, y en él, la Virgen arrodillada y San José embelesados mirando al **Niño**. Imágenes muy bonitas. ¡Cómo me llamaba la atención ver a **Jesús** desnudo sobre las duras pajas! Con el frío que hacía comprendía el emotivo canto tradicional:

Tiritando de frío
Jesús, Niño Dios,
yace en pobre pesebre
por mi salvación.
Duérmete Lucerito
del amanecer,
que te cantan la Virgen
y el buen San José.

A más de uno se nos caían algunas lágrimas de ternura mirando la escena y, sobre todo, escuchando el anterior villancico, muy bien interpretado por “las cantoras” Ción, Paz y Manuela.

El comienzo del “Gloria in excelsis Deo” era impresionante. Lo entonaba don Miguel con su pobre voz... Pero inmediatamente los chicos hacían sonar sus zambombas; los monaguillos, las campanillas y tío Feliciano -el padre de Jandro-, las dos campanas... Era “una gloria” el efecto que producía en nosotros aquella explosión jubilosa...

Tío Romualdo entonaba la misa “solfeada” ¡solemnísima!. Los hombres, desde el coro,

llenaban la iglesia de majestad con sus voces bien timbradas. Rayaba en la cumbre de lo sublime un solo de tío Melchor Escanciano: “Et incarnatus est de María Virgine...” Ponía la carne de gallina escucharlo -todos de rodillas imitando al señor cura- en profunda adoración del misterio: Dios, el Creador todopoderoso, que se abaja hasta hacerse uno de nosotros... Ninguna voz -ni siquiera la de Plácido Domingo y otros famosos tenores- me ha gustado a mí como “el incarnatus” de tío Melchor. Era muy comentado y elogiado, se consideraba insuperable.

Pienso ahora, que el Señor habrá otorgado en el cielo a este antepasado nuestro de Las Salas, uno de los primeros premios: por encima de los artistas renombrados, porque nos ayudaba a sentir el Amor y la Misericordia que derramó sobre nosotros con su venida y a recibir sus dones.

CAPÍTULO V

Democracia patriarcal

1.- El gobierno del pueblo

Para mí es evidente que en nuestro pueblo se practicaba una democracia directa. La autoridad la ostentaba el alcalde, pero todos los vecinos tenían voz y voto en todos y cada uno de los asuntos que concernían al pueblo y al territorio entero que le rodea hasta la línea limítrofe con Remolina, Huelde, Anciles, Salamón, Valbuena, Crémenes y Argovejo.

Y se tomaban los acuerdos en La Bolera, ágora y centro de Las Salas, o en la Casa del Pueblo. Esa democracia no consistía en el sólo derecho a elegir unos gobernantes; era mucho más. ¿De qué sirve elegir a unas personas que luego dirijan mal, defrauden, dividan al pueblo y siembren discordias, etc, etc.?

Aquella democracia no consistía en “elegir”. De eso ni se hablaba, y más bien creo que los alcaldes y concejales eran nombrados por autoridades superiores. En realidad de este modo, podían ser imparciales sin deber favor a nadie. Así, eran justos, equitativos, tenían una autoridad muy respetada, sabían respetar el derecho de cada uno, procurar la colaboración debida en las tareas comunes -que estaban sabiamente repartidas y dosificadas según tradición constante- y representar con dignidad a todo el pueblo.

Recuerdo, como alcalde ejemplar de Las Salas, a tío Francisco González: ¡Con qué respeto se le miraba y cuánta era la estima de pequeños y mayores hacia él! Era patente su innata autoridad, que sabía poner equilibrio entre distintas posiciones, y que aceptaran su veredicto después de, a veces, acaloradas discusiones.

Tan bueno era, que le sucedió en el cargo su hijo Marcos, quien supo honrar a su padre. Fueron los dos alcaldes que tuvimos hasta que salí de mi tierra, para consagrarme a Dios, el día de Cristo Rey, 29 de octubre de 1950. Después tuve noticia de que lo fueran Pepín y Enrique... Nietos ambos de tío Francisco. Sólo en esta última elección -que yo sepa- recaer

la alcaldía en otra familia, la de tío Romualdo. Y de seguro que será buen alcalde, pues Juan Carlos Blanco Tejerina ha comenzado muy bien.

Lo normal era que los vecinos se reunieran los domingos al salir de misa. Hacían un corro en La Bolera y exponían libremente sus pareceres sobre la marcha de las cosas o proponían necesidades, tareas a realizar, proyectos... No era solamente el alcalde quien se preocupaba de las cosas comunes, eran todos como buenos vecinos.

En esos concejos determinaban, por ejemplo, en qué día se podía empezar la recogida de la hoja, y nombraban a dos o tres para que marcaran los robles con tantos números como vecinos había, poniendo igual número de ellos en cada lote. En el concejo siguiente, sorteaban y cada cual podaba la parcela que le había caído en suerte.

Solíamos “ir a hoja” desde el día señalado para comenzar. La familia entera se entregaba con sumo gusto a la faena de recogerla, porque con ella alimentaban durante los inviernos a sus cabras y ovejas: Los hombres y mozos podaban los robles y matas de sus respectivas parcelas. Las mujeres y mozas hacían y ataban “los ramascos”. Nosotros los chiquillos ayudábamos aquí y allá para traer los “vencejos” -hechos la víspera con paja larga de centeno sin trillar- o buscarles las cañas que necesitaban, arrastrar los ramascos hasta donde habíamos dejado el carro, cuidar de las vacas que pacían con fruición aquella buena hierba de La Cota... Mil cosas, de lo más entretenido, se presentaban en un ambiente festivo, que daba el hecho de entregarnos todos a una placentera y provechosa recogida.

Qué sabrosas resultaban aquellas comidas, cuidadosamente preparadas por las amas de casa, repartidas por el padre y la madre solazados en una entrega generosa y alegre al mantenimiento de su querida familia, las invitaciones prodigadas entre los distintos grupos

24

vecinos, un vino generoso que alegraba el corazón y el agua fresca de fuentes cercanas... El buen humor reinaba siempre.

Todavía con el armazón -radera y latillas- que les habían puesto para transportar la hierba y la paja, los carros alcanzaban gran altura por los ramascos cargados sobre ellos, y volvíamos por la tarde triunfantes, porque realmente habíamos alcanzado la valiosa victoria de una tarea hecha con fina armonía por todos los miembros de la familia. Triunfo obtenido por cada una de las familias del pueblo en una actividad comunitaria, que distribuía equitativamente aquella riqueza comunal.

Otro de los bienes que nos brindaban nuestros montes y campiñas sin tener que cultivarlos, eran los gamones. Y también el alcalde anunciaba la convocatoria para recogerlos en los distintos lugares donde los había:

— El martes de la próxima semana se podrá ir a gamones... a La Granda... a la Cota...

Y ese martes, tocaba la campanina bien temprano y los madrugadores se cogían los mejores, mientras les quedaban los lugares menos exuberantes a los perezosos. Esto era mucho menos grato que lo de ir a hoja, porque los pobres riñones se quejaban: Había que arrancarlos del santo suelo a tirón e irlos metiendo en sacos y traerlos a cuestras. Cuando llenabas tu saco, tarea cumplida. Hasta los doce o trece años no hacíamos ese trabajo. Era preferentemente de los jóvenes.

Así como los ramascos, después de secarlos al sol, se guardaban en las tenadas, los gamones, soleados cuidadosamente, se subían al desván, de donde se iban bajando para cocerlos en grandes calderas y echárselos -mezclados con harina de centeno, de cebada o los salvados del trigo- a los cerdos que se engordaban para la matanza.

Todavía cumplíamos los chiquillos en primavera otra faena para alimentar a los dichosos gochos, y la llevábamos a regañadientes. Al salir de la escuela por la tarde, nos recibían las madres con esta salutación:

— Toma la merienda, coge la cesta, y... ¡a traerla bien llena de hojas!

— ¿Pero ya se acabaron tantas como cogimos?

— Se están acabando. ¡No me rezungues! ¡A hojas ahora mismo!

Comiendo con ganas, salíamos, pero no poníamos tantas en llegar a Las Senaras o Las Regadas... que una cesta de hojas de matas de roble, tiernas y apretadas, suponían un esfuerzo considerable a nuestros pocos años.

Doy ahora gracias a Dios, al considerar cuántas vivencias nos ayudaron a tomar pronto responsabilidad ante la vida, hacernos solidarios con nuestras familias, nuestro pueblo y nuestra Patria... Verdaderamente nos forjaron. Esas dos décadas de los años treinta y los años cuarenta del siglo XX en Las Salas fueron excepcionales...

Y eran tiempos de grandes penalidades en España y el mundo entero, que se debatía en la Segunda Guerra Mundial. Dios tiene una sabiduría que, muchas veces, es desconcertante... “Mis caminos no son vuestros caminos”... nos avisa en la Sagrada Escritura. “Él sabe sacar de los males, bienes” y “escribir derecho con líneas torcidas”. La Virgen nos ayude ahora para elegir bien a buenos gobernantes.

CAPÍTULO VI

La Primavera

1.- Las Cuaresmas de antaño

Antes que la Primavera, llega la Cuaresma. Y la Cuaresma de mi infancia y juventud en Las Salas era tiempo excepcional, que a todo joven o niño llamaba poderosamente la atención.

Aquella misa penitencial del Miércoles de Ceniza en que se acercaban a recibirla, con sumo respeto, primero los chicos, mozos y hombres, a quienes don Miguel les hacía con ella la cruz en la cabeza:

“Memento, homo: Acuérdate, hombre, que eres polvo y en polvo te has de convertir.”

Se veían los rostros, al volver, serios y pensativos ante el recuerdo de “los novísimos,” que tanto se destacaban entonces:

*“Muerte, juicio, infierno y gloria
ten presente en la memoria.”*

Tocaba el turno luego a las niñas, mozas y mujeres. El señor cura nos señalaba con la ceniza en la frente, que se notaba mucho más, cosa que a las pequeñas encantaba para hacer gala de tener una cruz más grande que las otras.

A las tres de la tarde tocaba la campana pausadamente. Esa hora de la muerte del Señor, se veneraba con el “*Vía crucis*”: Don Miguel, y todos los chicos en fila, iban por el centro de la iglesia recorriendo las catorce estaciones, arrodillándose en cada una y hasta besando el suelo muchos, rezando la oración correspondiente y el padrenuestro. Los demás lo hacíamos en nuestro sitio.

Los domingos “*el Calvario*”-que así lo llamábamos- era a las 12 y muy solemne: lo cantaban los mozos con aquellas potentes voces que llegaban hasta dentro. Aún me resuena uno muy, pero que muy sentido:

*“Poderoso Jesús Nazareno,
de cielos y tierra Rey universal,*

*hay un alma que os tiene ofendido,
pide que sus culpas queráis perdonar.”*

Las mozas entonaban otros varios, muy conmovedores también. Hasta lágrimas se derramaban en la consideración de la pasión y muerte del Señor. Por ejemplo en éste:

*“Jesús, Víctima escogida,
es condenado a morir.
Para darme eterna vida
quiere tal suerte sufrir.”*

Nadie, o casi nadie, faltaba durante la Cuaresma al rosario, pues resultaba especialmente interesante –por lo menos para mí y muchos más-. Los domingos, don Miguel explicaba lo fundamental del Catecismo con palabra sencilla y clara comprensible para todos. Los días de labor estábamos expectantes, porque... lo preguntaba a las mozas y mozos públicamente y ellos rivalizaban por lucir su buena memoria... Desde luego el señor Cura tenía tal autoridad, que nos parecía lo más lógico que, si uno no lo sabía, - anunciaba cada día lo que tocaba a l siguiente- preguntara a otro y otro hasta encontrar la buena respuesta, como se hace en una clase donde se aprende bien. No se me olvida que un año, cuando -ante uno de los pasajes más difíciles de retener- preguntó a varios - ellos y ellas-, al no saberlo bien ninguno, exclamó:

28

— Veréis como Luz lo sabe. A ver, Luz, dinos el segundo mandamiento de la Ley de Dios.

Me causó tal sorpresa, me entró tal azoramiento, que aunque me puse de pie, no fui capaz ni de comenzarlo. Todos empezaron a reír, incluso don Miguel, que concluyó festivo:

— ¡Vaya! Tú no lo sabes más que con los demás niños en el pórtico –donde dábamos el catecismo-. Bueno; pues para mañana preguntaré otra vez el segundo mandamiento.

Los viernes, cantaban el “*Miserere*”. Don Miguel y Benedicto se ponían ante el altar junto a la primera grada alternando los versículos con los demás hombres desde el coro. Resultaba majestuoso. Es de notable, que de oírsele, nos aprendiéramos todo el *Miserere* en latín.

2.- Semana Santa

¡Oh! ¡Qué **Domingos de Ramos** aquellos! Esmerada preparación a cargo de los mozos que se iban a La Oveja, donde cortaban los ramos más bellos que hay en el contorno: ¡los de acebo!!!

Ya en el pueblo, las mozas les ayudaban adornando con esmero el de unos dos metros, al que dejaban hermosa copa con vistosas flores, para el celebrante. Don Miguel se apoyaba en él como en báculo inusitado para pastorear a su pueblo... y su baja estatura resaltaba la esbeltez de su ramo, que atraía las miradas. Era, el que verdaderamente se obsequiaba a Nuestro Señor Jesucristo en la persona de su ministro. Nuestros corazones llenos de fe deseaban aclamar a Jesús en su entrada triunfante en Jerusalén. Estábamos muy bien instruidos en la significación de las ceremonias que realizábamos.

Bendecidos los ramos, el mayordomo iba entregando al celebrante cada ramo y lo recibíamos de sus manos para llevarlos en la procesión por todo el pueblo, entre cánticos y alabanzas.

Las chicas teníamos que agarrarnos los velos con mucho cuidado: Al menor descuido, los chicos que nos cortejaban lo hacían volar atrayéndoselos con sus acebos punzantes.

El Jueves Santo era devotísimo: Todo el Miércoles Santo se lo pasaban las mozas poniendo el “*monumento*”. Éste cubría todo el presbiterio comenzando desde la primera grada. Ahí apoyado en las cornisas laterales, un baral atravesaba toda la iglesia, y en él colgaban las más bonitas colchas, dejando en el centro un pasillo, donde sujetaban otros dos barales y los apoyaban en el retablo a la altura de San Martín. Cubrían ese pasillo, a modo de techo y paredes, con sábanas blancas, lo alfombraban, y quedaba como una especie de “*Santa sanctorum*”, donde con extraordinaria solemnidad dejaba el sacerdote expuesto el Santísimo Sacramento en la Misa de Jueves Santo, antes de mediodía. Desde ese momento estaban organizados y comenzaban los turnos de “*vela al Santísimo*” en adoración y acción de gracias a Dios, presente en la Eucaristía bajo forma de pan, para cumplir su palabra: “*Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos*”. ¡Qué bien sabíamos entonces estos misterios de nuestro Salvador!

Las familias nos reuníamos para la comida y la cena como en Navidad, y la tarde transcurría entera alrededor de la iglesia. Los pequeños hacíamos cortas y numerosas visitas, pero, sobre todo don Miguel y las mujeres piadosas, se pasaban las horas en oración de amistad con el Señor.

Los hombres eran menos devotos y entretenían su tiempo en conversaciones y juegos de cartas, llamando a los tragos: “*matar un judío*” para expresar que defendían a Jesús.

(Continuará)

Reus, 20 de marzo del 2008.

María Luz Tejerina Canal,